

Todos los criados acudieron. Formaban una gran multitud, pues los que trabajaban en el campo, temiendo á los soldados, se refugiaron en Cartago. Los labradores cubiertos de pieles de animales, arrastraban cadenas remachadas en los tobillos; los obreros de las fábricas de púrpura tenían enrojecidos los brazos como verdugos; los marinos, llevaban casquetes verdes; los pescadores, collares de coral; los cazadores, una red sobre el hombro; y los criados del palacio, túnicas blancas ó negras, pantalones de cuero y casquetes de paja, de fieltro ó de tela, según su servicio y sus ocupaciones.

Detrás de ellos, se amontonaba la plebe desarrapada. Vivían los que la formaban sin empleo alguno, lejos de las habitaciones, durmiendo por la noche en los jardines y devorando los restos de las cocinas, moho humano que vegetaba á la sombra del palacio. Hamilcar los toleraba más por previsión que por desdén. Todos en señal de alegría llevaban una flor en la oreja aunque muchos de ellos no le habían visto jamás.

Unos hombres armados de grandes bastones se lanzaron entre la multitud pegando á diestro y siniestro.

Era para rechazar á los esclavos que deseaban ver al amo, para que éste no sufriera su contacto ni le molestase el hedor que despedían.

Todos se echaron de bruces gritando.

—¡Ojalá prospere tu casa, Ojo de Baal!

Entre aquellos hombres, tendidos en el suelo en la avenida de los cipreses el intendente de los intendentes, Abdalonim, con una mitra blanca en la cabeza, se adelantó hacia Hamilcar con un incensario en la mano.

Salambó bajaba entonces la escalinata de las galeras. Todas sus doncellas iban detrás de ella y á cada uno de sus pasos bajaban también. Formaban una confusión de vestidos blancos, azules y amarillos y las sortijas, los broches, los collares, las franjas, los brazaletes resplandecían. Oíase un suave ruido de estofas ligeras; resonaban las san-

dalias al posarse sobre las gradas y aquí y allá, un gigantesco ennuco que sobresalía de todas aquellas mujeres, sonreía estúpidamente. El viento levantaba sus velos. Era en el mes de Schebar, en pleno invierno. Los granados en flor se destacaban sobre el azul del cielo y á través de las ramas aparecía el mar y en él una isla lejana medio oculta por la bruma.

Hamilcar se detuvo viendo á Salambó. Nació después de morir muchos varones hermanos suyos. Por otra parte, el nacimiento de una hija, pasaba por una calamidad en las religiones del Sol. Los dioses le enviaron más tarde un hijo, pero sentía contra ella algo de su esperanza malograda y de la maldición que le lanzó al nacer. Salambó se acercaba. Perlas de distintos colores caían en largos racimos desde sus orejas hasta sus hombros. Su cabellera estaba rizada formando como una nube alrededor de su cabeza. Llevaba en el cuello unas plaquitas de oro cuadrangulares, representando una mujer entre dos leones, y su vestido reproducía fielmente el traje de la Diosa.

Su túnica de jacinto de anchas mangas ceñíale el talle ensanchándose en su parte inferior. El bermellón de sus labios hacía parecer sus dientes más blancos y el antimonio de sus párpados agrandaba sus ojos. Las sandalias formadas de plumas de pájaros, tenían los tacones muy altos y estaba extraordinariamente pálida.

Llegó por fin cerca de Hamilcar, y sin mirarle, sin levantar la cabeza, le dijo:

—¡Salud, ojo de Baalím! ¡Gloria eterna! ¡triunfo! ¡dichas! ¡satisfacción! ¡riqueza! Tiempo hacía que mi corazón estaba triste. Pero el dueño que llega es como Tammur resucitado, y bajo tu mirada, oh padre, una alegría, una nueva existencia resplandecerán por todas partes.

Tomando de manos de Taanach un vasito oblongo donde humeaba una mezcla de harina, manteca y vino:

—Bebe,—dijo,—la bebida del regreso, preparada por tu sierva.



Hamilcar replicó:

— Bendición sobre tí.

Y cogió maquinalmente el vaso de oro que le ofrecía. Pero miraba y examinaba con una atención tan sostenida á Salambó, que ésta, turbada, dijo:

— ¡Te han dicho, oh dueño!...

— Sí, ya lo sé, contestó Hamilcar en voz baja.

¿Era una confesión? ¿Se trataba de los bárbaros? Añadió algunas palabras vagas acerca de los asuntos públicos que esperaba llevar á buen puerto.

— ¡Oh, padre! no borrarás lo irreparable.

Entonces retrocedió, y Salammbo se asombraba de su estupor, pues no pensaba ella en Cartago, sino en el sacrilegio del cual resultaba cómplice.

Aquel hombre que hacía temblar las legiones, le asustaba como un dios. Había adivinado, lo sabía todo, algo terrible iba á suceder.

De pronto gritó: «¡Perdón!»

Hamilcar bajó lentamente la cabeza.

Aun cuando quería ácusarse, Salammbo no osaba despegar los labios, y sin embargo tenía necesidad de ser consolada. Hamilcar dominaba las ganas que sentía de quebrantar su juramento. Lo mantenía por orgullo ó por temor; y la miraba de frente, con toda su fuerza, para adivinar lo que ocultaba en el fondo de su corazón.

Salammbo hundía la cabeza entre sus hombros, aplastada por aquella dura mirada. Hamilcar estaba casi seguro de que había faltado con un bárbaro. Temblaba, levantó ambos puños. Ella lanzó un grito y cayó entre sus doncellas que la rodearon. Hamilcar volvió la espalda y se alejó. Todos los intendentes le siguieron.

Se abrió la puerta de los depósitos y penetró en una vasta rotonda, donde aflúan como los radios de una rueda á su eje, largos corredores que conducían á otras salas. Un disco de piedra se levantaba en el centro con una balaus-

trada para sostener los cojines acumulados sobre la alfombra.

El Suffeta se paseó primeramente con paso rápido y largo, respiraba ruidosamente, golpeaba el suelo con el pie y se pasaba la mano por la frente.

Pero al advertir el cúmulo de sus riquezas se calmó. Su pensamiento, atraído por los corredores, se lanzó hacia otras salas llenas de tesoros más preciados. Planchas de bronce, lingotes de plata y barras de hierro alternaban con las rieles de estaño traídos de Cassiterides por el mar Tenebroso. Las gomas del país de los Negros reventaban casi sus sacos de corteza de palmera, y el polvo de oro colocado en grandes odres, se escapaba insensiblemente por las costuras desgastadas. Delgados filamentos extraídos de plantas marinas colgaban entre los linos de Egipto, de Grecia, de Taprovana y de Judea. Las madreporas se erizaban junto á las paredes; un olor indefinible flotaba en la atmósfera, formado por las exhalaciones de los perfumes, de los cueros, de las especias y de las plumas de aves truz atadas en gruesos ramilletes en lo alto de la bóveda. En frente, á cada corredor los colmillos de elefante colocados verticalmente, reuniéndose por los extremos, formaban un arco encima de la puerta.

Por fin subió sobre el disco de piedra. Todos los intendentes estaban con los brazos cruzados y la cabeza baja, mientras Abdaloním levantaba orgullosamente su mitra puntiaguda.

Hamilcar interrogó al jefe de los navíos. Era un viejo piloto, curtido por el viento, y grandes copos blancos bajaban hasta su cintura, como si la espuma de las tempestades se hubiera cuajado en su barba. Dijo que había enviado una flota por Gades y Thymiamata para llegar á Eziongaber, doblando el Cuerno del Sur y el promontorio de los Aromas.

Otros buques habían navegado hacia el oeste durante cuatro lunas sin encontrar orillas, pero la proa de los na-



víos se enredaba entre espesas yerbas, en el horizonte resonaba continuamente ruido de cataratas, nieblas de color de sangre obscurecían el sol, una brisa cargada de perfumes adormecía á los tripulantes y no podían éstos decir más porque su razón estaba como turbada.

El rey Ptolomeo había cogido un cargamento de incienso de Schesbar; Siracusa, el Atia, Córcega y las demás islas nada habían entregado, y el viejo marino bajó la voz para anunciar que una trireme había sido apresada por los numidas, — «pues están con ellos, amo mío.»

Hamilcar frunció el entrecejo, después hizo señal de que hablara el Jefe de los viajes; envuelto en una túnica oscura sin ceñidor, y con la cabeza rodeada por una ancha tira de tela blanca, que pasando junto á su boca, le caía por detrás de la espalda.

Las caravanas habían marchado al llegar el equinocio de invierno. Y después de haber visto muchos países é inmensos reinos donde todos los utensilios eran de oro, y un río de color de leche, ancho como un mar, y selvas de árboles azules y monstruos de rostro humano, cuyas pupilas al mirar se abrían como flores, habían vuelto muy pocos de los audaces viajeros.

Otros volvieron de la India con pavos, pimienta y nuevos tejidos. Las caravanas de la Getulia y de Phazzana habían entregado sus rendimientos de costumbre; pero ahora él, el Jefe de los viajes, no se atrevía á enviar nuevas expediciones.

Hamilcar comprendió; los Mercenarios ocupaban la campiña. Lanzando un sordo gemido, se apoyó en el atracado; y el Jefe de las alquerías tenía tanto miedo de hablar que temblaba horriblemente á pesar de sus robustos hombros y desus grandes pupilas rojas. Su rostro, era chato como el de un dogo, y llevaba en la cabeza una redecilla de filamentos de árbol; ceñía su talle un cinturón de piel de leopardo en que relucían dos formidables cuchillos.

Cuando Hamilcar le miró, empezó á invocar á todos los

Baals. ¡No era culpa suya! ¡No pudo evitarlo! Había observado las temperaturas, los terrenos, las estrellas, hecho las plantaciones en el solsticio de invierno, las labores en luna menguante, cuidado de los esclavos, ahorrado sus vestidos.

Hamilcar, á quien irritaba aquella locuacidad, chasqueó la lengua, y el hombre de los cuchillos dijo con voz rápida:

— ¡Amo mío! Todo lo han pillado, todo saqueado, todo destruído. En Marchala han cortado todos los árboles, y en Ubada, los graneros fueron derribados y las cisternas fueron cegadas. En Tesdes se llevaron mil quinientas medidas de harina. En Maraszana mataron á los pastores, comieron las abejas, ardió tu casa, tu hermosa casa con vigas de cedro, donde pasabas el verano. Los esclavos de Tuburbo han huído á las montañas. Todas las bestias de carga han desaparecido. ¡Es una maldición! No me consolaré nunca...

Hamilcar sentía una cólera espantosa. Estalló:

— ¡Cállate! ¿Soy acaso un pobre? ¡No mientas! ¡Di la verdad! ¡Quiero saber cuanto he perdido, moneda por moneda! Abdaloním, tráeme las cuentas de los buques, las de las caravanas, las de las alquerías y las de la casa. Si vuelvestra conciencia os acusa, ¡ay de vosotros! ¡salid!

Todos los intendentes, andando hacia atrás y con las manos tocando al suelo, salieron.

Abdaloním tomó unas cuerdas de nudos, unas tiras de tela y papiros y unos homoplatos de carnero llenos de finos caracteres. Los puso á los pies de Hamilcar, y entre sus manos, un cuadro de madera con tres hilos interiores por los que estaban pasadas bolas de oro, de plata y de asta. Después dijo:

— Ciento noventa y dos casas en los Mappales, alquiladas á los nuevos cartagineses, á razón de un beka por luna.

— ¡No, es demasiado! ¡No abuses de los pobres!



Abdalonim quedó sorprendido de aquella generosidad. Hamilcar le arrancó de las manos las tiras de tela.

—¿Qué es esto? ¡Tres palacios en Khamon á doce kesitah por mes! ¡Pon veinte! no quiero que los ricos me devoren.

El intendente de los intendentes, después de un profundo saludo, añadió:

—Prestado á Tigillas, hasta fin de la estación, dos kihar á devolver tres con interés martimo; á Mar-Balkarth, mil quinientos siclos, dejando en prenda treinta esclavos. Doce de éstos han muerto en las salinas.

—Es que no eran robustos,—dijo riendo el Suffeta. ¡No importa! si necesita dinero, prestárselo.

Entonces el intendente leyó lo que habían producido las minas de hierro de Annaba, las pesquerías de coral, las fábricas de púrpura, el arriendo del impuesto sobre los griegos domiciliados, la explotación de plata en Arabia y las presas de los buques.

Hamilcar contaba con las bolitas que resonaban bajo sus dedos.

—¡Basta! ¿qué has pagado?

A Stratonicles de Corinto y á tres mercaderes de Alejandría contra estas letras, diez mil dracmas atenienses y doce talentos sirios de oro. El alimento de las tripulaciones cuenta veinte minas por mes, por una trireme.

—¡Ya lo sé! ¿Cuántas se han perdido?

—He aquí la cuenta sobre estas hojas de plomo. En cuanto á los navíos fletados en compañía, como ha sido preciso echar algún cargamento al mar, se ha repartido las pérdidas según lo que interesaba cada asociado. Por cordaje prestado que no ha sido posible devolver, los Lysitas han exigido ochocientos kesitah antes de la expedición de Utica.

—¿Todavía ellos?—exclamó Hamilcar. Permaneció algún tiempo aplastado bajo el peso de todos los odios que se despertaban en él y luego dijo:

—No veo los gastos de Megara.

Abdalonim, palideciendo, tomó de un cajón unas planchitas de sicomoro enhebradas por paquetes en una cuerda de cuero.

Hamilcar le escuchaba queriendo conocer los detalles de la vida doméstica, y se calmaba oyendo la monotonía voz que numeraba cifras y más cifras. Abdalonim iba cada vez más despacio. De repente dejó caer al suelo las hojas de madera, y se echó de bruces con los brazos extendidos en la posición de los condenados. Hamilcar, sin moverse, recogió las tabletas; sus labios se entreabrieron y sus ojos se dilataron, cuando vió en los gastos de un solo día un exorbitante consumo de pájaros, peces, vinos y aromas y de jarros y copas rotas, esclavos muertos y tapices echados á perder.

Abdalonim, siempre prosternado, le contó el festín de los bárbaros. No podía dejar de cumplir la orden de los Antiguos. Por otra parte, Salammbó quería que se prodigase el dinero para festejar á los soldados.

Al oír el nombre de su hija, Hamilcar se levantó de un salto, luego se acurrucó entre los cojines, desgarrando las franjas de su manto con las uñas, anhelante, con la mirada fija.

—¡Levántate!—dijo, y bajó.

Abdalonim le seguía; sus rodillas temblaban. Pero apoderándose de una barra de hierro se puso á levantar las losas como si estuviera furioso. Saltó un disco de madera y bien pronto en toda la longitud del corredor, aparecieron muchas de esas anchas tapaderas de los silos donde se conserva el grano.

—¡Ya lo ves! Ojo de Baal,—dijo el intendente temblando.—¡No lo han tomado todo! Son profundos de cincuenta codos y llenos hasta arriba. Durante el viaje, he hecho construir en todas partes, en los arsenales y en los jardines. ¡Tú casa está llena de trigo, como tu corazón de sabiduría!



Una sonrisa iluminó el rostro de Hamilcar.

— Bien Abdalonim, — dijo; luego añadió á su oído:

— Haz traer de Etruria, del Brucio, de donde quieras, á cualquier precio, amontona y guarda. Es preciso que posea yo todo el trigo de Cartago.

Cuando estuvieron al final del corredor, Abdalonim con una de sus llaves, abrió una cámara cuadrangular, dividida en dos, por columnas de cedro. Monedas de oro, de plata y de cobre puestas sobre las mesas ó hundidas en nichos, subían á lo largo de las cuatro paredes hasta tocar el artesonado del techo.

Enormes banastas de piel de hipopótamo guardaban en los rincones filas enteras de saquitos pequeños; montones de calderilla se elevaban sobre las losas; aquí y allá alguna fila demasiado alta se había desplomado, semejante á una columna derrumbada.

Las grandes monedas de Cartago que representaban á Tanit con un caballo bajo una palmera estaban revueltas con las de las colonias que representaban en sus caras un toro, una estrella, un globo ó una media luna. El Suffeta calculó al punto si las sumas amontonadas correspondían á las ganancias y pérdidas que acababan de leer, y se marchaba ya, cuando advirtió tres jarras de cobre vacías. Abdalonim volvió la cabeza en señal de horror, y Hamilcar resignado no habló.

Atravesaron otros corredores, otras salas y llegaron ante una puerta que, para estar mejor guardada tenía atravesado en su umbral un hombre atado por el vientre á una larga cadena empotrada en la pared; costumbre que los cartagineses tomaron de los romanos. Su barba y sus uñas habían crecido desmesuradamente, y se balanceaba á derecha é izquierda con la oscilación continua de los animales cautivos. Tan pronto como reconoció á Hamilcar se lanzó á él gritando;

— ¡Perdón! ¡Ojo de Baal! ¡Piedad! ¡Matame! Hace diez

años que no he visto el sol. ¡En nombre de tu padre, perdón!

Hamilcar, sin contestarle, llamó con las manos, aparecieron tres hombres, y los cuatro á la vez, apalancando sus brazos, retiraron de sus anillos la barra enorme que cerraba la puerta. Hamilcar, tomó una antorcha y desapareció entre las tinieblas.

Creíase que aquel subterráneo era el sitio donde se guardaban las sepulturas de la familia; pero solo se hallaba un ancho pozo, escavado para engañar á los ladrones y que no ocultaba nada. Hamilcar, pasó junto á él, y después, bajándose hizo girar sobre sus rulos, una muela muy pesada, y por aquella abertura entró en una habitación que tenía la forma de un cono:

Escamas de cobre tapizaban las paredes, en el centro sobre un pedestal de granito se levantaba una estatua de Kabyr, llamado Aletos, inventor de las minas en la Celtiberia. Junto á su base, en el suelo, había anchos escudos de oro, y vasos de plata monstruosos, de cuello cerrado, de forma extravagante y que no podían servir; pues para evitar dilapidaciones y para que los cambios de sitio fueran casi imposibles, había la costumbre de hacer fundir de aquel modo grandes cantidades de metal.

Con su antorcha encendió una lámpara de minero, fijada en el casquete del idolo; reflejos verdes, azules, amarillos, violetas, de color vino y de sangre, iluminaron de pronto la sala.

Estaba llena de pedrerías que se guardaban en calabazas de oro, colgadas como lámparas de las escamas de cobre, ó bien hundidas aún en sus bloques nativos, alineados junto á la pared.

Había allí carbunclos formados por la orina de los linceces, piedras caídas de la luna, diamantes, topacios, las tres clases de rubies, las cuatro de zafiros y las doce de esmeraldas.

Fulguraban semejantes á chispas de leche á cristales  
*Salammbó*



azules á polvo de ptata, é irrodian sus luces á chorros, en rayos de estrellas; los topacios del monte Zabarca, estaban allí para ahuyentar los terrores, se veían ópalos de la Bactrana que impiden los abortos y cuernos de Hamon que se colocan bajo las camas para soñar.

Las irradiaciones de las piedras y las llamas de la lámpara, se reflejaban en los escudos de oro.

Hamilcar, de pie, sonreía con los brazos cruzados, y le deleitaba menos el espectáculo que la conciencia de sus riquezas. Eran inágotables, infinitas. Sus abuelos que dormían bajo sus pies enviaban á su corazón algo de su eternidad. Se sentía casi igual á los genios subterráneos. Era como la alegría de un Kabyro y los anchos rayos luminosos que herían su rostro parecíanle la extremidad de una invisible red, que á través de los abismos le sujetaba al centro del mundo.

Una idea le hizo estremecer, y situándose detrás del idolo marchó en línea recta hacia la pared. Después examinó entre los tatuajes de su brazo la línea horizontal cortada por dos perpendiculares, lo cual expresaba en cifras cananeas el número trece. Entonces, contó hasta la décima tercera plancha de cobre, levantó una vez más su ancha manga y con la mano derecha estendida leyó en otro sitio de su brazo otras líneas más complicadas pasando sus dedos delicadamente sobre ellas como un tocado de lira. Por fin dió siete golpes con su pulgar, y como un solo bloque giró un gran trozo de muro.

Disimulaba una especie de cueva donde había encerradas cosas misteriosas que no tenían nombre, y de incalculable valor. Hamilcar bajó tres peldaños; tomó de un cubo de plata una piel de antilope que flotaba sobre un líquido negro, luego volvió á subir. Abdalonim volvió á caminar delante de él. Hería el pavimento con su alto bastón adornado de campanillas en el puño, y ante cada babitación gritaba el nombre de Hamilcar, entre alabanzas y bendiciones.

En la galería circular donde acababan todos los corredores, había acumulados á lo largo de las paredes viguetas de algumio, sacos de lansonía, conchas de tortugas llenas de perlas. El suffeta pasando, las rosaba con su manito sin mirar siquiera los gigantescos trozos de ámbar, materia casi divina formada por los rayos del sol.

Un vaho perfumado invadió la atmósfera.

—Empuja la puerta.

Entraron.

Hombres desnudos amasaban pastas, machacaban hierbas, vertían aceite en las jarras, abrían ó cerraban pequeños nichos ovalados, tan numerosos, que la estancia parecía el interior de una colmena. Toda suerte de especies y de aromas estaban encerrados en aquellas cavidades. Por todas partes se veían gomas en polvo, raíces, ramas de filipéndulo, redomas de cristal, pétalos de rosas; y aquel exceso de perfumes asfixiaba, á pesar de los torbellinos del styrax que ardía en el centro sobre una tripode de cobre.

El Jefe de los suaves olores, hombre alto y delgado y pálido como la cera, se adelantó hacia Hamilcar para frotarle las manos con metopión mientras dos ó tres hombres le frotaban los talones con hojas aromáticas. Les rechazó; eran cirneos de costumbres infames á quienes sólo se toleraba por los secretos que sabían.

Hamilcar mandó que á unos paquetes de nardo que se iban á remitir á ultramar se mezclara un poco de antimonio para que pesaran más.

Luego preguntó dónde estaban tres copas de psagas, que destinaba para su uso personal.

El Jefe de los olores confesó que no lo sabía y que unos soldados, armados, habían saqueado aquel departamento; él se vió obligado á abrirles todos los escondrijos.

—¡Les temiste más que á mí!—exclamó el Suffeta, y á través del humo, sus pupilas, como antorchas, fulguraban sobre el hombre pálido.



—¡Abdalonim! ¡Ante que se ponga el sol, hazlo azotar!  
¡Desgarra su piel

Aquel perjuicio, menor que los otros, le había indignado, pues á pesar de sus esfuerzos por olvidarlos, de continuo aparecían los bárbaros ante su pensamiento. Sus fechorías le recordaban la verüenza de su hija y odiaba á todos sus servidores porque lo sabían.

Fué después á inspeccionar el trabajo de los esclavos industriales cuyos productos se vendían por cuenta de la casa. Había sastres que bordaban y guarnecían mantos, otros que trenzaban redes, pintaban cogines, cortaban sandalias; obreros de Egipto alisaban y pulían papiros con una concha, la lanzadera de los tejedores no se detenía y los yunques de los armeros resonaban.

Hamilcar les dijo:

—¡Forjad espadas! ¡Forjad sin descanso! Necesito muchas!

Después sacó del pecho la piel de antilope macerada en venenos para que le cortaran una coraza que debía ser más sólida que las de bronce, invulnerable al fuego y al hierro.

¡Cuando se acercaba á los obreros, Abdalonim, para rehuir su cólera, vomitaba pestes contra aquellos! ¡Qué trabajo! ¡Es una vergüenza! ¡En verdad que el amo es demasiado clemente! Hamilcar, sin hacerle caso, se alejaba.

Casi se detuvo al ver largas hileras de árboles calcinados. Las empalizadas estaban derribadas, el agua de los arroyuelos formaba fangosas charcas en el suelo y por todas partes se veían cacharros rotos; mesas destrozadas. Harapos asquerosos pendían de algunas matas, bajo los limoneros las flores podridas formaban un estiércol amarillo. Los criados no habían hecho desaparecer aquellos despojos, creyendo que el dueño no volvería.

A cada paso descubría un nuevo desastre que le traía á la memoria lo que quería olvidar. Ahora manchaba sus brodequines de púrpura pisando inmundicias, y no tenía

delante de él aquellos hombres para hacerlos volar por medio de una catapulta! Sentíase humillado al haberlos defendido, era un engaño, una traición; y como no podía vengarse de los soldados, ni de los Antiguos, ni de Sallambó, ni de nadie, su cólera que buscaba una víctima, condenó de una vez á las minas á todos los esclavos de los jardines.

Abdalonim se estremecía ¡cada vez que lo veía acercarse á los parques. Pero Hamilcar tomó el sendero de los molinos; de dónde salía una melopea lúgubre.

Entre el polvo de pesadas muelas que giraban, se veía á los hombres que las movían. Unos empujaban con pecho y brazos, otros uncidos, tiraban. El frote de las correas había formado junto á sus axilas costras purulentas como tienen en el cuello los asnos, y el harapo negro y lacio que apenas tapaba sus caderas, pendía como una larga cola. Tenían los ojos rojos, resonaban los grilletes de sus pies, todos los pechos anhelaban á la vez. Tenían en la boca, sujeto por dos cadenas de bronce, un bozal, para que no pudieran comer harina, y unos guanteletes sin dedos les impedían cogerla.

Al entrar el amo, las barras de madera crugieron con más fuerza. El grano, chafándose, crugía. Muchos cayeron de rodillas; los otros, continuando, les pasaron por encima.

Llamó á Giddenem, el gobernador de los esclavos.

Hamilcar le mandó que quitara los bozales. Entonces todos, con gritos de animales hambrientos, se lanzaron sobre la harina, que devoraban hundiendo la cabeza en el montón.

—¡Les matas de hambre!

Giddenem contestó que era preciso para dominarlos.

¡No valía la pena de enviarte á Siracusa á la escuela de los esclavos. ¡Haz venir á los demás!

Los cocineros, palafreneros, los corredores, los que llevaban las literas, los bañeros, las mujeres con sus hijos,



todos se formaron en una sola fila que llegaba desde la casa de comercio hasta el parque de las fieras. No se atrevían á respirar. Un gran silencio reinaba en Megara. El sol se reflejaba en la laguna, al pie de las catacumbas. Los pavos chillaban. Hamilcar caminaba lentamente.

—¿Para qué me sirven esos viejos? ¡Véndelos! ¡Hay demasiados galos; son borrachos! demasiado candiotas; ¡son embusteros! Compra capadocios; asiáticos y negros.

Le admiró ver que había tan pocos niños.

—¡Es preciso que nazca más gente en la casa, Giddanem! Cada noche dejarás las habitaciones abiertas, á fin de que puedan mezclarse hombres y mujeres.

Hizo que le presentarán los ladrones, los perezosos, los revoltosos. Distribuía castigos, recriminaba á Giddanem y éste, como un toro, bajaba la cabeza.

—Mira, Ojo de Baal, éste quería suicidarse,—y mostraba un libro de alta estatura.

—¡Ah! ¿quieres morir?—preguntó desdeñosamente el Suffeta.

El esclavo contestó con intrepidez.

—¡Sí!

Hamilcar, sin cuidarse del daño pecuniario ni del mal ejemplo, volviéndose hacia los criados, dijo:

—Qué muera, pues. Lleváoslo.

Giddanem había ocultado á los mutilados detrás de los otros. Hamilcar los vió:

—¿Quién te ha cortado el brazo?

—¡Los soldados, Ojo de Baal!

Luego á un Samita que cojeaba:

—¿Y á tí quién te ha hecho esto?

Era el gobernador, que le rompió una pierna con una barra de hierro.

Aquella atrocidad estúpida indignó al amo.

—¡Maldito el perro que hiere á las ovejas! ¡Limar á los esclavos! ¡Ah! ¿Arruinas á tu amo?... Qué se le ahogue en

el estercolero. ¿Y dónde están los que faltan? ¿Les has asesinado?

Su rostro tenía una expresión tan terrible que todas las mujeres huyeron. Los esclavos retrocediendo, formaban un gran círculo á su alrededor; Giddanem besaba frenéticamente sus sandalias; Hamilcar permanecía inmóvil.

Es que en aquel instante recordaba mil desastres que le asaltaron á la vez. Los gobernadores del campo habían huído por miedo á los soldados, en conciencia con ellos quizás; todos le engañaban; no pudo contenerse más.

—¡Qué los traigan aquí!—gritó.—Marcadles en la frente con un hierro candente, como á los cobardes!

Todos fueron puestos de cara al sol hacia el lado de Oriente donde estaba el choloch-devorador. Los condenados á flagelación se pusieron de pie contra los árboles con dos hombres junto á ellos, uno que daba los golpes y otro que los contaba.

Hería con las dos manos. Los látigos, silbando, hacían saltar la corteza de los árboles. La sangre manchaba, como roja lluvia, las hojas y masas rojas; aullando de dolor, se retorcian al pie de los árboles. A los que se les marcaba, se arrancaban la carne con las uñas. Hacia el lado de las cocinas unos hombres con grandes soplillos avivaban el fuego de los hornillos. De cuando en cuando un grito estridente desgarraba el aire. Los azotados se desmayaban, pero, retenidos por las ligaduras, quedaban con la cabeza y los brazos colgando. Se oía á carne quemada. Los leones, recordando quizá el festín, rugían.

Entonces apareció Salammbó en la terraza. La recorría rápidamente de derecha á izquierda, como asustada. Hamilcar la vió. Le pareció que levantaba los brazos hacia donde él estaba; y con un gesto de horror, fuése hacia el parque de los elefantes.

Aquellos animales eran el orgullo de las grandes familias únicas. Habían llevado á los abuelos, triunfado en las guerras, se les veneraba como favoritos del Sol.



Los de Megara eran los más fuertes de Cartago. Hamilcar, antes de marchar, hizo jurar á Abdalonim que los cuidaría. La mayoría habían muerto á consecuencia de sus mutilaciones; sólo quedaban tres, echados en el centro del patio, entre el polvo y los destrozados restos del pesebre.

Le reconocieron y se le acercaron.

Uno tenía las orejas horriblemente cortadas; otro una gran llaga en las rodillas, el tercero la trompa cortada.

Se miraban tristemente, como personas razonables, y el que no tenía trompa, bajando su cabeza enorme y doblando los jarretes, procuraba acariciarle suavemente con la extremidad asquerosa de su muñón.

Dos lágrimas se escaparon de los ojos de Hamilcar. Saltó sobre Abdalonim.

—¡Ah! ¡miserable! ¡la cruz! ¡la cruz!

Abdalonim, desmayándose, cayó de espaldas.

Detrás de las fábricas de púrpura, cuyo humo subía hacia las nubes, resonó un aullido de chacal; Hamilcar se detuvo.

Al pensar en su hija, como si hubiese sentido el contacto de un Dios, se calmó. Era una continuación de su fuerza, la persistencia de su personalidad lo que que entreveía, y los esclavos no comprendían la causa de su calma súbita.

Dirigiéndose hacia las fábricas de púrpura, paró por delante del ergástulo, gran construcción de piedra oscura rodeada de fosos. Bajó á la prisión. Algunos le gritaron: «¡Vuélvete!»; los más atrevidos le siguieron.

La puerta, abierta, se movía á impulsos del viento. El crepúsculo entraba por las estrechas ventanas y rotas cadenas pendían de las paredes.

¡Aquello era lo que quedaba de los prisioneros de guerra!

Hamilcar palideció extraordinariamente, y los que le

espiaban desde lejos vieron que se apoyaba á la pared para no caerse.

Tres veces seguidas aulló el chacal. Hamilcar levantó la cabeza; no profirió una palabra, no hizo un ademán. Cuando se ocultó el sol, desapareció detrás de la barrera de nopales, y por la noche, en la asamblea de los Ricos, en el templo de Eschmum, dijo al entrar:

—¡Antorchas de Baalim, acepto el mando de las fuerzas púnicas contra el ejército de los bárbaros!

